

EL MUNDO INVISIBLE

No ponemos la mirada en las cosas que se ven, sino en las que no se ven, porque las que se ven son temporales, mas las que no se ven son eternas (2 Cor 4,18)

Existen dos mundos, “el visible y el invisible”, como habla el Credo, el mundo que vemos y el mundo que no vemos; y el mundo que no vemos existe tan realmente como el mundo que vemos. Existe realmente, aunque no lo veamos. El mundo que vemos sabemos que existe porque lo vemos. No tenemos mas que alzar los ojos y mirar a nuestro alrededor para comprobarlo: nuestros ojos nos lo dicen. Vemos el sol, la luna y las estrellas, la tierra y el cielo, las colinas y los valles, los bosques y las llanuras, los mares y los ríos y al mismo tiempo vemos los hombres y sus obras. Vemos las ciudades, sus monumentos notables y sus habitantes, hombres que corren de acá para allá apresurándose por solucionar sus necesidades y las de sus familias, o para cumplir grandes proyectos, o por razón de sus negocios. Todo lo que aparece a nuestros ojos forma un mundo. Es un mundo inmenso que llega hasta las estrellas. Podríamos correr a toda prisa por el cielo miles y miles de años, y aunque fuéramos más rápidos que la misma luz, no las encontraríamos a todas. Están, respecto a nosotros, a distancias más grandes que cualquiera que podamos asignarles. Es tan alto, tan amplio y tan profundo el mundo, y sin embargo también está cerca y junto a nosotros. Está en todas partes, y pareciera no dejar lugar para ningún otro mundo.

Sin embargo, además de este mundo universal que vemos, existe otro mundo, igualmente extenso, igualmente próximo a nosotros y más maravilloso; otro mundo que nos rodea por todas partes, aunque no lo vemos, y esta razón de no verlo y no otra, lo hace más maravilloso que el mundo que vemos. A nuestro alrededor hay innumerables seres que van y vienen, que velan, que trabajan o esperan, y que no vemos. Tal es este otro mundo que los ojos no alcanzan, sino únicamente la fe.

Profundicemos este pensamiento. Hemos nacido en un mundo de sentidos, es decir, de las cosas reales que yacen a nuestro alrededor, una gran parte llegan a nosotros, se nos presentan a través de nuestros órganos corporales, nuestros ojos, oídos y dedos. Las sentimos, las escuchamos y las vemos, y sabemos que existen porque realmente las percibimos de esta forma. Innumerables cosas yacen a nuestro alrededor, animadas e inanimadas, y una clase determinada de estas cosas innumerables nos es conocida a través de nuestros sentidos. Más aún, mientras ellas actúan sobre nosotros, hacen conocer su presencia. Somos sensibles ante ellas, al mismo tiempo que somos conscientes de que las percibimos. No sólo vemos, sino que sabemos que vemos; no sólo mantenemos relación sino que sabemos que lo hacemos. Estamos entre hombres y sabemos que estamos. Sentimos frío o hambre, y sabemos qué cosas sensibles los quitan. Comemos, bebemos, nos vestimos, habitamos en casas, conversamos y actuamos con otros, y desempeñamos los deberes de la vida social; y sentimos vívidamente que lo estamos haciendo, mientras lo hacemos. Tal es nuestra relación con una parte de los innumerables seres que nos rodean. Ellos actúan sobre nosotros y lo sabemos, y nosotros actuamos sobre ellos a su vez, y sabemos que lo hacemos.

Pero todo esto no interfiere con la existencia de ese otro mundo del que hablo, que está actuando sobre nosotros, pero no impresionándonos con la conciencia de que lo hace. Puede estar tan realmente presente y ejercer influencia sobre nosotros, como aquél que se nos revela. Que semejante mundo existe, la Escritura nos lo dice. ¿Tu preguntas qué es y lo que contiene? No diré que todo lo que le pertenece es enormemente más importante que lo que vemos, pues entre las cosas visibles están nuestros amigos, los hombres, y nada creado es más precioso y noble que un hijo del hombre. Pero aun así, tomando todas juntas las cosas que vemos, y todas juntas las que no vemos, el mundo que no vemos es en su totalidad un mundo muy superior a ese que sí vemos.

Pues, primero de todo, El está allí, por encima de todos los seres, el que ha creado todo, ante quien todos ellos son como nada, y con quien nada puede ser comparado. Lo sabemos, Dios Todopoderoso existe más real y absolutamente que ninguno de nuestros semejantes, cuya existencia percibimos mediante los sentidos, y sin embargo no lo vemos, no lo oímos, no hacemos más que “buscarlo a tientas”, sin encontrarlo. Parece, entonces, que las cosas visibles no son más que una parte, y una parte secundaria, de los seres que nos rodean, desde que Dios Todopoderoso, el Ser de los seres, no está entre ellas, sino entre “las cosas que no se ven”. Una sola vez, y sólo una, por treinta y tres años, condescendió llegar a ser uno de los seres que se ven, cuando El, la Segunda Persona de la Trinidad eternamente bendita, por una inexplicable misericordia, nació de la Virgen María en este mundo visible. Y luego fue visto, oído, palpado; comió, bebió, durmió, conversó, se manejó y actuó como otros hombres. Pero exceptuando este breve período, su presencia no ha sido perceptible nunca. Nunca nos ha hecho conocer Su existencia a través de los sentidos. Vino y se retiró detrás del velo, y para cada uno de nosotros es como si nunca se nos hubiera mostrado; tan poca es la experiencia sensible que tenemos de Su presencia. Y sin embargo “vive eternamente”.

En ese otro mundo se encuentran también las almas de los muertos. Ellos, también, cuando parten de aquí no dejan de existir, sino que se retiran de la escena visible de las cosas; o en otras palabras, dejan de actuar sobre nosotros y ante nosotros a través de nuestros sentidos. Viven como vivieron antes, pero el marco externo a través del cual podían mantener contacto con otros hombres, de alguna manera, y no sabemos cómo, está separado de ellos, y se seca como las hojas cuando se desprenden del árbol. Ellos permanecen, pero sin los medios usuales de aproximación y correspondencia con nosotros. Así como cuando un hombre pierde su voz o su mano existe aún como antes, pero no puede ya ni hablar ni escribir o mantener relación con nosotros, así también cuando pierde no solo la mente, la voz y la mano, sino toda su figura, o se dice que está muerto, no hay nada que muestre que se ha ido, sino que hemos perdido los medios para poder aprehenderle

Y los Ángeles también habitan el mundo invisible, y en lo que concierne a ellos se nos dice mucho más que lo concerniente a las almas de los fieles difuntos, porque éstas “descansan de sus trabajos” (Apo 14,13), pero los Ángeles están activamente ocupados entre nosotros en la Iglesia. Se dice de ellos que son los “espíritus servidores enviados en favor de aquellos que han de alcanzar la herencia de la salvación” (Heb.1,14). Ningún cristiano es tan humilde, pero tiene Ángeles que lo atienden si vive de la fe y el amor. Aunque son tan grandes, tan gloriosos, tan puros y tan hermosos, que la sola visión de ellos, si nos fuera permitido verlos, nos derribaría por tierra, como le ocurrió al profeta Daniel, tan santo y recto como era, sin embargo, son nuestros servidores y compañeros, y velan cuidadosamente y defienden al más humilde de nosotros, si somos de Cristo. Que forman parte de nuestro mundo invisible, aparece en la visión que tuvo el Patriarca Jacob. Se nos dice que cuando huyó de su hermano Esaú, “habiéndolo llegado a

cierto lugar, pasó allí la noche porque el sol se había ocultado, y tomó las piedras de aquel lugar, y las puso como almohada, y se echó a dormir” (Gen 28,11). ¡Cuán poco pensaba que en aquel lugar pudiera existir alguna cosa maravillosa! Era un lugar como los demás. Un lugar solitario e incómodo. No había casa alguna, se avecinaba la noche y era necesario dormir sobre la roca desnuda. Y sin embargo, ¡cuán diferente era la realidad! No veía más que el mundo visible, no veía el invisible, pero el mundo que no se ve estaba allí. Estaba allí, aunque no hiciera conocer su presencia inmediatamente, y necesitara ser sobrenaturalmente manifestado a Jacob. Lo vio en su sueño: “Vio una escalera apoyada en tierra mientras lo alto descansaba en el cielo, y a los ángeles de Dios que subían y bajaban a lo largo de la escalera. Y vio al Señor que se sostenía en la cumbre” (Gen 28,12). Este era el otro mundo.

Hagamos ahora una observación. Se habla generalmente del otro mundo como si no existiese ahora, sino sólo después de la muerte. No, existe *ahora*, aunque no lo veamos. Está entre nosotros y a nuestro alrededor. Es el que le fue mostrado a Jacob en sueños. Los Ángeles le rodeaban aunque el no lo sabía. Y lo que Jacob vio en su sueño, el sirviente de Eliseo lo vio con sus propios ojos, y los pastores en la noche de Navidad no solamente lo vieron, sino que lo oyeron. Oyeron las voces de los espíritus bienaventurados que alaban a Dios “día y noche”, y que en nuestro estado inferior estamos autorizados a imitar y ayudar.

Estamos, por lo tanto, en un mundo de espíritus, lo mismo que en un mundo sensible, y estamos en comunión con él y de él participamos aunque no tengamos conciencia de hacerlo. Si a alguien esto le parece extraño, reflexione que tomamos parte innegable de un tercer mundo que vemos de verdad, pero acerca del cual no sabemos más que acerca de las legiones angélicas: el mundo animal. ¿Puede existir algo más maravilloso o más sorprendente, si hacemos caso omiso de nuestro acostumbamiento, que el hecho de que vivan a nuestro alrededor una raza de seres a quienes solamente vemos, y de cuyo estado, intereses o destino sabemos tan poco, como si se tratase de habitantes del Sol o de la Luna? Es un pensamiento verdaderamente sobrecogedor, cuando fijamos nuestra mente en él, que estemos en relación familiar con criaturas que son tan extrañas a nosotros y tan misteriosas como si fueran seres fabulosos, no terrenales, más poderosos que el hombre, pero aun así sus esclavos, que la superstición oriental ha inventado. Tenemos un conocimiento más real acerca de los Ángeles que de las bestias. Tienen aparentemente pasiones, hábitos, y una cierta responsabilidad, pero todo es misterio acerca de ellas. No sabemos si pueden pecar o no, si están bajo castigo y si van a vivir después de esta vida. Les causamos grandes sufrimientos a algunos de ellos, y sucesivamente, aquí y allá, parecen desquitarse de nosotros, como por una ley maravillosa. Dependemos de ellos en varias formas importantes, usamos su trabajo, comemos su carne. De cualquier modo que esto nos relacione con ellos como para que estén cerca nuestro, poned vuestros pensamientos en todos ellos, grandes y pequeños, en el bosque, en el agua o en el aire, y luego decidme si la presencia de semejantes multitudes incontables, tan variadas en sus naturalezas, tan extrañas y salvajes en sus formas, viviendo sobre la tierra sin objeto comprobable, no es tan misterioso como cualquier cosa que la Escritura nos dice sobre los Ángeles. ¿No es claro a nuestros sentidos que existe un mundo inferior a nosotros en la escala de los seres, con el cual estamos conectados sin entender lo que es?, y, ¿le resulta difícil a la fe admitir lo que dice la Escritura referente a nuestra conexión con un mundo superior a nosotros?

Cuando, de hecho, las personas sienten tan difícil concebir la existencia entre nosotros del mundo de los espíritus, porque no son conscientes del mismo, deberían

recordar cuántos mundos, todos a la vez, están de hecho contenidos en la misma sociedad humana. Hablamos del mundo político, del científico, del ilustrado, del literario, y del mundo religioso, y con razón, porque los hombres, que están tan cercanamente unidos a algunos hombres y tan divididos de otros, tienen tales objetos de ocupación, distintos unos de otros, y distintos principios y empleos en consecuencia, que en un mismo lugar existen juntos un número de círculos o, como ellos los llaman, mundos, integrados por hombres visibles, pero mundos invisibles en sí mismos, desconocidos y aun ininteligibles el uno para el otro. Los hombres van de acá para allá por los comunes senderos de la vida y miran lo mismo, pero hay poca comunión de sentimiento entre ellos. Cada uno conoce poco acerca de lo que ocurre en otra esfera que no sea la propia, y un extraño que llega a cualquier vecindad, se iría, acorde con sus propios conocimientos u ocupaciones, con una impresión totalmente distinta o inversa del mismo, visto como un todo. Asimismo, dejad por un momento la excitación política o comercial de alguna gran ciudad, y refugiaos en una villa apartada, y allí, en la ausencia de las noticias del día, considerad el modo de vida y la forma de pensar, las ocupaciones y puntos de vista de sus habitantes, y decidme, ¿no es el mundo, cuando consideramos sus partes separadas, más distinto en sí mismo, de lo que puede ser el mundo de los Ángeles que la Escritura ubica en medio de él?

El mundo espiritual, aunque invisible, está sin embargo presente; *presente*, ni futuro, ni distante. No se encuentra encima del cielo, no está más allá de la tumba. Está aquí y ahora. El Reino de Dios está entre nosotros. De esto habla el texto: “No ponemos nuestros ojos —dice San Pablo— en las cosas visibles, sino en las invisibles, pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”. Veis que él considera esto como una verdad práctica, que tiene influencia en nuestra conducta. No sólo habla del mundo invisible sino del deber de “mirar” hacia él. No sólo contrasta las cosas del tiempo con él, sino que dice que su pertenencia al tiempo es una razón no para mirarlo sino para no mirarlo. La eternidad no está distante porque llegue hasta el futuro, ni el estado invisible deja de influenciarlo porque sea impalpable. De igual manera, dice en otra Epístola: “Nuestra conversación está en el cielo” (Fil.3,20). Y también, “Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col.3,3). Y así también, “Dios nos ha resucitado y nos ha hecho sentar juntos en los cielos con Cristo Jesús” (Ef.2,6). Y con el mismo propósito San Pedro dijo: “A El lo amáis sin haberlo visto; en El ahora, no viéndolo pero sí creyendo, os regocijáis con gozo inefable y gloriosísimo” (1 Pe 1,8). Y nuevamente San Pablo, hablando de los Apóstoles, dice: “Hemos venido a ser un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres” (1 Cor 4,9). Y también, en palabras ya citadas, habla de los Ángeles como “espíritus servidores enviados en favor de aquellos que han de alcanzar la herencia de la salvación” (Heb 1,14).

Tal es el reino oculto de Dios, y lo mismo que ahora está oculto, así nos será revelado en el momento oportuno. Los hombres creen ser los señores del mundo y poder hacer lo que quieren. Piensan que esta tierra es de su propiedad y que sus movimientos están en su poder, cuando en realidad tiene otros señores además de ellos, y es el escenario de un conflicto mucho más importante del que son capaces de concebir. Contiene a los pequeños de Cristo, a los que ellos desprecian, y a Sus Ángeles en quienes no creen, pero que al final tomarán posesión de la tierra y serán manifestados. Al presente “todas las cosas”, aparentemente, “continúan estando igual que al principio de la creación”, y los burlones preguntan: “¿dónde está la promesa de Su Venida?” (2 Pe.3,4). Pero a su tiempo habrá una “manifestación de los hijos de

Dios” (Rom 8,19) y los santos ocultos “brillarán como el sol en el reino de su Padre” (Mt 13,43).

Cuando los Ángeles se aparecieron a los pastores lo hicieron de forma súbita. “De repente se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial” (Lc 2,13). ¡Qué espectáculo tan maravilloso! La noche hasta ese momento parecía como cualquier otra, como la tarde en que Jacob contempló la visión parecía como cualquier tarde. Ellos estaban cuidando las ovejas; miraban la noche que pasaba. Las estrellas seguían su camino. Era media noche. No tenían idea de una cosa semejante cuando el ángel apareció. Este es el poder y la virtud oculta en las cosas que se ven y que por la voluntad de Dios se manifiestan. Fueron manifestadas por un momento a Jacob, por un momento al sirviente de Eliseo, por un momento a los pastores. Serán manifestadas para siempre cuando Cristo venga en el Último Día “en la gloria de Su Padre con los santos Ángeles” (Mt 16,27). Luego este mundo se marchitará y el otro mundo brillará para siempre.

Que estos pensamientos sean los vuestros, hermanos míos, especialmente en esta estación de la primavera en que toda la naturaleza es rica y bella. Solamente una vez al año, pero una vez no obstante, el mundo que vemos hace estallar sus poderes ocultos y se revela a sí mismo de alguna manera. Entonces aparecen las flores, los árboles frutales, las flores se abren, y la hierba y el trigo crecen. Hay un impulso repentino y un estallido de esta vida oculta que Dios ha colocado en el mundo material. Pues bien, esto es como un ejemplo de lo que el mundo puede hacer por mandato de Dios. Esta tierra que se esponja ahora con flores y hojas, estallará un día en un mundo nuevo de luz y de gloria, en el cual veremos a los santos y a los ángeles. ¿Quién podría pensar sin la experiencia de primaveras anteriores, quién podría concebir dos o tres meses antes, que la naturaleza, aparentemente muerta, pudiera llegar a ser tan espléndida y tan variada? ¡Qué diferente es un árbol, qué diferente la perspectiva, cuando las hojas están en él y cuando caen! ¡Qué inverosímil sería que, antes de tiempo, las ramas secas y desnudas se vistieran súbitamente con lo que es tan brillante y refrescante! Así es que en el buen tiempo de Dios las hojas vienen a los árboles. La estación puede demorarse, pero llegará finalmente.

Lo mismo ocurre con esta primavera eterna que esperan todos los cristianos. Llegará aunque haya que aguardar. Esperémosla ya que “vendrá y no tardará” (Heb 10,37). Por ello decimos cada día “Venga a nosotros Tu reino”, que quiere decir “Señor muéstrate”, manifiéstate, Tú que te sientas entre los Querubines, muéstrate, despliega Tu fuerza y ven a ayudarnos. La tierra que vemos no nos satisface. No es más que un principio, no es más que una promesa del más allá. Incluso en su mayor gozo, cuando se cubre con todas sus flores, aun entonces, no nos basta. Sabemos que en ella existen muchas cosas que no vemos. Un mundo de santos y de ángeles, un mundo glorioso, el palacio de Dios, la montaña del Señor de los Ejércitos, la Jerusalén Celestial, el trono de Dios y de Cristo, todas estas maravillas eternas, hermosas, misteriosas, e incomprensibles, se ocultan detrás de lo visible. Lo que alcanza nuestra vista es sólo la corteza exterior de un reino eterno y sobre este reino clavamos los ojos de nuestra fe. Manifiéstate Señor como en el tiempo de Tu Natividad, cuando los ángeles visitaron a los pastores. Que Tu gloria se abra como las flores y las hojas de los árboles. Cambia con tu inmenso poder este mundo visible en aquel divino mundo que todavía no vemos. Destruye lo que vemos, para que pueda pasar y ser transformado en lo que creemos. Por brillantes que sean el sol, el cielo y las nubes, por verdes que estén las hojas y los campos, por dulce que sea el canto de los pájaros, sabemos que no es esto todo, y no tomaremos la parte por el todo. Estas cosas proceden de un centro de amor y de bondad que es el mismo Dios, pero no son Su plenitud, hablan del cielo, pero no son el cielo.

No son, en cierto modo, sino destellos perdidos y débil reflejo de Su Imagen; son tan sólo migajas de la mesa. Nosotros esperamos la llegada del día de Dios, cuando todo este mundo exterior, aunque bello, perecerá, cuando los cielos sean quemados y la tierra quitada. Nosotros podemos sufrir la pérdida, porque sabemos que no es otra cosa que remover el velo. Sabemos que al cesar el mundo visible, se manifestará el mundo invisible. Sabemos que lo que vemos es como una pantalla que nos oculta a Dios y a Cristo, a Sus Ángeles y Santos. Y rogamos ardientemente por la disolución de todo lo visible, porque languidecemos ante lo que no podemos ver.

¡Benditos aquellos, verdaderamente, que están destinados para la visión de aquellas maravillas en las cuales ahora se sostienen, hacia las cuales miran, pero que no pueden reconocer! ¡Benditos quienes puedan alcanzar a contemplar aquello que el ojo mortal todavía no ve y en lo que sólo la fe se alegra! Estas cosas hermosas del nuevo mundo son ahora como serán después. Son inmortales y eternas, y las almas que serán hechas conscientes de ellas, las verán en la calma y la majestad donde siempre han estado. Pero ¿quién puede expresar la sorpresa y el arrobamiento que vendrán sobre aquellos que por primera vez las vean, y para quienes sean nuevas? ¿Quién puede imaginar, por un esfuerzo de la fantasía, los sentimientos de aquellos que, habiendo muerto en la fe, despierten al gozo?

La vida comenzada, lo sabemos, durará para siempre, y si la memoria fuera después lo que es ahora, ése será un día para ser contemplado delante del Señor a través de todas las edades de la eternidad. Creceremos por siempre en conocimiento y amor, aun aquel primer caminar desde la muerte, el día de nuestro bautismo y nuestros desposorios, serán queridos y santificados en nuestros pensamientos. Cuando nos encontremos a nosotros mismos, después de un largo descanso, regalados con frescos poderes, vigorizados con la semilla de la vida eterna dentro nuestro, capaces de amar a Dios como deseamos, conscientes de que todo problema, sufrimiento, dolor, ansiedad, desgracia, están superados para siempre, bendecidos en el afecto pleno de aquellos amigos terrestres a quienes amamos tan pobremente y pudimos proteger tan débilmente mientras estaban con nosotros en la carne, y por encima de todo, visitados por la inmediata, inefable y visible Presencia del Dios Altísimo, con Su Unigénito Hijo Nuestro Señor Jesucristo y Su Igual y Coeterno Espíritu, esa gran visión en la cual será la plenitud de gozo y placer para siempre, ¡qué profundidades se conmoverán dentro nuestro!, ¡qué secretas armonías despertadas, de las cuales la naturaleza humana parecía incapaz!

Las palabras de la tierra son ciertamente incapaces de servir a tan altas anticipaciones. Permitidnos cerrar nuestros ojos y hacer silencio. “Toda carne es hierba y todo su esplendor como flor del campo. La flor se marchita, se seca la hierba, porque el Espíritu del Señor sopla sobre ella: ciertamente hierba es el pueblo. La hierba se seca, la flor se marchita, mas la Palabra de nuestro Dios permanece para siempre” (Isaías 40, 6-8).